

CECILIA COLÓN\*

## El antiguo arte de vender libros

*Apague la televisión y haga uso de la imaginación*

Enrique Fuentes Castilla

Pocas veces se tiene la oportunidad de leer la historia de una librería y de un librero. Mucho se habla de la historia de los libros, de todas las vicisitudes por las que tuvo que pasar su autor o el mismo libro, antes de llegar a las manos de un lector. Para ejemplificar esto, cabe recordar las aventuras que sortearon los tomos de la *Historia Antigua de México* del padre jesuita Francisco Javier Clavijero: perdidos, recuperados, vendidos y, por fin, editados. Hoy es posible conseguirlos, nuevos o usados, depende de lo que pueda pagar quien esté interesado en el tema.

La historia de los libros es fascinante. Si ya de suyo es curioso lo que hay detrás de su composición y escritura, la historia de su impresión y aventuras, una vez que han sido editados y puestos a la venta, puede superar la imaginación del mejor escritor. Empero, ¿una librería? ¿Un librero de prosapia que sepa intercambiar y comerciar libros mirando a los ojos al futuro lector y dándole sugerencias para comprarlos? ¿Existe ese personaje?

El 6 de noviembre de 2012 se presentó en Bellas Artes el libro *Antigua Madero Librería: el arte de un oficio*, de Enrique Fuentes Castilla. Este volumen está dividido en ocho partes: sólo una fue escrita por Enrique Fuentes, tres más salieron de las plumas de Jorge F. Hernández, Adolfo Castañón y Andrea Fuentes Silva; las restantes fueron colectivas: testimonios y dedicatorias de amigos, clientes y conocidos asiduos a esta librería de tradición y estirpe, de tertulias amenas y agradables, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

El libro abre con el testimonio de uno de sus propios congéneres: un libro, habitante añejo de uno de los muchos estantes que hay en la Librería Antigua Madero. Un libro que observa a los bibliófilos

Fuentes Castilla, Enrique. *Antigua Madero Librería: el arte de un oficio*. México, La Caja de Cerillos Ediciones, 2012. 123 pp.

\* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

que entran a la librería y juzga, por su aspecto, los intereses que los han llevado hasta ese lugar. Desde su repisa, el libro mira a don Enrique y a sus colaboradores, pero también a los demás libros, con quienes comparte el espacio y la espera pues “todos, muertos y vivos, nos volvemos a poner en fila, a la espera de los sabios dedos de don Enrique Fuentes, que nos lea, nos hace leer y nos vuelva leídos” (p. 9).

El bello texto de Adolfo Castañón está dedicado a la indispensable labor de don Enrique Fuentes, uno de los pocos libreros que todavía ejerce este verdadero y noble oficio: “un librero anticuario... ¿qué es? ¿Un consejero espiritual? ¿Un tejedor de vidas e imaginaciones? ¿Una suerte de sacerdote o de banquero que tiene como misión custodiar los valores que se le confían?” (p. 10). Preguntas difíciles que el propio Castañón intenta responder, luego de una reflexión acompañada por el indispensable paseo por el pasado; se remonta a la historia de la Librería Madero y al domicilio que ocupó durante muchos años: Madero 12, justamente allí donde estuvo la primera botica de los Hermanos Sanborns antes de ocupar, en 1918, la conocida y señorial Casa de los Azulejos.

Adolfo Castañón rememora aquellas ediciones que hacía la propia librería como un saludo de Año Nuevo a sus clientes y amigos: *Macbeth o el asesino del sueño. Paráfrasis de la tragedia de Shakespeare* (1954) del poeta León Felipe; *Poesías* (1957) de Gil Vicente; *Historias naturales* (1972) de Jules Renard, presentadas y traducidas por José Emilio Pacheco. En fin, algunos de estos textos iban acompañados por los dibujos del entonces joven pintor Vicente Rojo.

También habla de la labor del señor Fuentes ya al frente de la librería “como un pescador que vive y sueña de cara al mar de los libros” (p. 12), siempre en busca de ejemplares raros, antiguos, que constituyen su tesoro más preciado porque sabe que alguien espera impaciente por ellos. La descripción que Castañón presenta de Enrique Fuentes es por demás interesante y poética:

El mediador, el agente y artífice de estos librescos celestinajes es Enrique Fuentes [...] un hombre con algo de homérico y de cristiano viejo, con algo de gambusino y de viajero que ha logrado, sin aspavientos ni desplantes, mantener viva la noble tradición del libro viejo y no tan viejo en México (p. 15).

En este sentido, don Enrique habla, en su propio texto, de los caminos y avatares de los impresores de libros, cómo llegaron los primeros a la gran México-Tenochtitlan una vez que se convirtió

en territorio español. Nombres como Esteban Martín, Juan Cromberger (alemán) y Juan Pablos son los iniciadores del largo desfile, del siglo XVI al XX, de aquéllos cuyo oficio era la impresión de libros. Posteriormente se refiere a la historia de la Librería Madero con el detalle de quien la conoció primero como cliente y después como dueño; a los innumerables problemas que debió enfrentar cuando tomó el control de una librería que estaba a punto de la quiebra: endeudada, con los estantes a medio llenar y con un almacén libresco de dudosa calidad. Una tarea titánica que exigía todo el esfuerzo de quien tuviera el valor de tomar ese timón, un gran amor hacia los libros y el deseo inmenso de salvar, y restituirle a la Ciudad de México, una de las librerías más antiguas y de mayor personalidad. El reto era enorme, pero a partir de ese año, 1988, don Enrique decidió dar un giro a su vida y dedicarse a lo que por años había sido, y continúa siendo su pasión: los libros.

Poco a poco y con la constancia de quien disfruta y se apasiona por lo que hace, fue levantando la librería; comenzó a llenar los estantes con libros cuyo tema era México, desde diferentes líneas del conocimiento, en especial arqueología, arte, historia y literatura. Con la paciencia de un sabio oriental, este librero le devolvió la vida a un lugar que había visto pasar sus mejores momentos y estaba a punto de morir, lo cual hubiera sido terrible para la ciudad, pues cada vez son menos las librerías especializadas que brindan una atención personal, agradable y educada, con libreros que se preocupan no sólo por vender su mercancía, sino porque los intereses de sus clientes sean satisfechos a cabalidad. Recordemos sólo un par de las librerías más famosas y cuya memoria habita en la historia cotidiana de nuestro Centro Histórico y en quienes buscan incansables algún ejemplar en librerías de viejo, como la Antigua Madero: la Librería de la Vda. de Ch. Bouret<sup>1</sup> y la Antigua Librería Robredo.<sup>2</sup>

No es raro llegar a la Librería Antigua Madero, ubicada ahora en Isabel La Católica 97, esquina con San Jerónimo (por cierto, patrono de los libreros), y encontrarse a intelectuales, escritores y hasta políticos, amén de estudiantes y clientes curiosos que buscan un libro con la finalidad de obtener un rato de esparcimiento. Pero aquí no sólo se venden libros, también se ofrece una buena

<sup>1</sup> Esta librería, también de prosapia y cuya matriz estaba en París, Francia, se encontraba en el número 45 de la avenida del Cinco de Mayo.

<sup>2</sup> La Antigua Librería Robredo se ubicaba en la esquina de República de Guatemala y República de Argentina.

charla y la atención de buscar los libros que los investigadores requieren; éstos, por cierto, se sienten en un oasis en medio de la oferta de *best-sellers* y libros de dudosa escritura, que son los más ofertados en librerías no especializadas.

Adivino, sacerdote, brujo mayor, aleph, médico, farmacéutico, amigo, gran conversador, consejero espiritual, profeta, librero de estirpe, guardián, escuchador, espíritu quijotesco, bibliófilo y más, son apenas algunos, de los muchos epítetos que don Enrique Fuentes inspiró a quienes escribieron los "Testimonios", "Artículos" y "Dedicatorias" que forman una parte medular de este libro. Personalidades como Jordi Espresate (hijo del dueño original de la librería: Tomás Espresate), Vicente Leñero, Myriam Moscona, Vicente Rojo, Esther Acevedo, Antonio Saborit, Vicente Quirarte, por mencionar algunos pues la lista podría prolongarse indefinidamente, hablan de la librería, de don Enrique y de la relación que han establecido con el lugar al que acuden como si fuera un santuario, o más modernamente, un *Book Jurassic Park*.

Cierra el libro un texto dulce y emotivo, el de Andrea Fuentes Silva. Ella nos ofrece un retrato literario y sentido de don Enrique Fuentes, su padre, el hombre que no sólo le dio la vida, sino también el gusto por los libros, por la lectura y que determinó su oficio actual: es editora, responsable además del libro que nos ocupa.

Como punto final hay que hacer una mención especial acerca de la propia edición del libro. Las pastas rojas sirven como una caja mágica y, al abrirlas, el lector se encontrará con la grata sorpresa de un libro bien hecho, cuidado, elegante, que avivará su curiosidad por hojearlo, por ofrecer a sus ojos el remanso de letras capitulares –tan olvidadas hoy–, bien hechas, antiguas, que adornan el inicio de cada una de las partes que lo conforman y que son como un oasis para los ojos que recorren sus páginas.

Finalmente, las fotografías que lo ilustran, en blanco y negro, de la librería en su largo trajinar por el Centro de esta ciudad, terminan por llamar ineludiblemente al lector a pasar sus ojos por ellas. Imágenes que son también una invitación a disfrutar de una lectura amena, de la introducción a un lugar mágico y, si se conocen las palabras exactas, el guardián de las palabras y jefe supremo de la Hermandad de la Página, le abrirá las puertas a un santuario al que todavía pocos tienen el privilegio de entrar: la Librería Antigua Madero.